

La necesidad de usar bien la Palabra

James W. Nichols

La Biblia sigue siendo en la actualidad, el libro de mayor venta a nivel mundial. Es el mejor libro que alguna vez se haya escrito o se escribirá, en razón de su propósito, su poder y su contenido.

A pesar de ser la Biblia el único libro, del cual se puede decir que es el mejor del universo, ello no la ha librado de ser el libro en poder de la gente, del que más se ha abusado y al que más mal uso se le ha dado. Pablo le escribió a Timoteo: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad», o como se lee en la ASV: «[...] que maneja bien la palabra de verdad» (2ª Timoteo 2.15).¹ El mal manejo de la Biblia por parte de predicadores, ha dado como resultado que más de un alma se pierda.

Para manejar bien la palabra de Dios, debemos dividirla correctamente. Un estudiante que se examina en Historia, debe aplicar sus conocimientos de Historia, y no los de Química, para responder las preguntas. Lo mismo sucede con la Palabra de Dios. Para entenderla como se debe, necesitamos conocer los siguientes aspectos acerca de cada pasaje que estudiamos: Quién está hablando, a quién le están escribiendo, en qué tiempo, y, cuál la ley los gobierna. Estos datos son fáciles de conocer mediante un estudio concienzudo de la Biblia.

Una de las características más maravillosas de la Palabra de Dios, es que ha sido escrita para que todos la puedan entender. La Biblia se ha dividido en sesenta y seis libros, los cuales fueron escritos por cuarenta hombres inspirados, durante un período aproximado de dieciséis siglos. Éstos vivieron en diferentes períodos de la historia, y cada uno escribió en forma independiente de los demás.

Estos sesenta y seis libros han sido divididos en dos partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento contiene treinta y nueve libros, y el Nuevo se compone de veintisiete. El Antiguo Testamento tiene que ver con los tratos que tuvo Dios con el hombre antes de la venida de

Cristo, mientras que el Nuevo Testamento relata la vida de Cristo y sus medios para salvar al hombre.

En el Antiguo Testamento encontramos libros que contienen leyes, historia, poesía y profecía. A los primeros cinco, se les conoce como la Ley; a los doce que siguen, se les ha llamado libros históricos; a los seis subsiguientes, se les conoce como libros poéticos; y los doce restantes están relacionados por lo general, con profecía. Aunque los libros no tratan exclusivamente tales géneros de literatura, su contenido predominante es la causa de que se los clasifique de tal manera.

El Nuevo Testamento ha sido dividido por los hombres en grupos: Primero están los cuatro evangelios; a éstos les sigue el libro de Hechos (un relato de conversiones), y veintidós cartas escritas a iglesias y cristianos en particular. El último libro, el de Apocalipsis, trata de profecía. Los que vivimos en la era actual, deberíamos interesarnos, al procurar el favor de Dios, primordialmente el Nuevo Testamento.

La Biblia es una revelación de Dios y de Su relación con el hombre. Desde el comienzo de los tiempos, Dios ha tratado con el hombre de tres maneras diferentes, las cuales corresponden a tres períodos o dispensaciones: La era patriarcal, la era judía (o mosaica) y la era cristiana.

LA ERA PATRIARCAL

La primera, la era patriarcal, deriva su nombre del hecho de que el representante de Dios era el padre de cada familia o tribu. La palabra 'patriarca' significa 'padre'. De acuerdo con este sistema, el padre era el gobernante, el sacerdote y el profeta. No sólo estaba a cargo de la vida política, sino también de la vida religiosa de la familia o tribu. En otras palabras, era el vocero de Dios. Dios le hablaba a él, y él a su vez, le hablaba a la familia.

Los mandamientos que Dios dio durante este período no fueron uniformes, en el sentido de que lo que Dios pedía de una familia, no era lo que necesariamente pedía de otra. Por ejemplo, Dios le mandó Abraham salir de su pueblo y de la tierra de Ur. Le mandó a Noé construir un arca. Estos mandamientos fueron específicos porque

¹ N. del T.: La ASV es una versión al inglés de la Biblia, a la cual se conoce como la American Standard Version.

gobernaron a cada una de estas familias en particular.

Durante este período no había ley escrita. Dios hablaba directamente a los padres. Este modo como Dios gobernó al hombre, continuó por espacio de unos 2.500 años, desde el tiempo de Adán hasta que se dio la ley de Moisés. En este momento Dios cambió su manera de tratar con los hijos de Jacob, es decir con Israel.

LA ERA MOSAICA

La segunda dispensación se conoce como la era mosaica porque la vida política y religiosa de los israelitas fue gobernada por la ley dada por Dios a Moisés, en el monte Sinaí. La ley de Dios le fue dada en esta era solamente a los israelitas, lo cual fue el cumplimiento de la promesa que Dios le hizo a Abraham en Génesis 12.2. Esta promesa fue repetida en Gálatas 3.16–17, donde Pablo dice que la promesa fue hecha unos cuatrocientos treinta años antes de que la ley fuera dada. Esta ley fue el primer sistema de religión escrito que Dios le dio al hombre. Durante este período el culto era un asunto principalmente nacional. Bajo este sistema el padre de familia dejó de ser el gobernante, el sacerdote y el profeta. Ahora eran los hombres de una de las doce tribus de Israel los que habían de servir como sacerdotes, siendo uno de ellos el sumo sacerdote. Ya no había un altar en cada hogar; se había establecido un altar nacional y una casa de culto nacional.

Muchas personas se llegan a confundir en su estudio porque no entienden el propósito para el cual la ley de Moisés fue dada. El propósito primordial fue el de preparar a un pueblo, a través del cual el Hijo de Dios, Jesucristo, había de venir (Gálatas 3.19). Esta ley separó al pueblo judío de las demás naciones.

Hebreos 10.1, nos da otro propósito para el cual la ley fue dada: El de pintar un cuadro con tipos y figuras, del glorioso sistema que había de venir. Pablo dijo: «Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, [...]» (1^{era} Corintios 10.11). Muchos tipos y figuras de la nueva ley se encuentran en el Antiguo Testamento.

En Gálatas 3.24, se da todavía otro propósito para la antigua ley: El mundo necesitaba prepararse para la venida de Cristo y de Su Palabra; por lo tanto, esta ley fue dada como ayo, o tutor, para llevar a la gente a Cristo y a Su camino.

La ley de Moisés fue dada solamente a los judíos, y desde el comienzo fue concebida para servir como sistema temporal. Tal como leemos en Gálatas 3.19, fue dada «hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa». En Gálatas

3.16, se identifica a Cristo como la simiente. Por lo tanto, la ley de Moisés había de ser consumada, o completada, por Cristo.

LA ERA CRISTIANA

Pablo declaró en Hebreos 1.1–2, que «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, [...]». Ya Dios no nos habla por los padres, ni circunscribe Su religión a una raza. Hoy día, Él habla por Su Hijo, Jesucristo, por medio del cual invita a personas de todas las razas a «venir al conocimiento de la verdad y ser salvos». Puesto que Dios ya no trata con las personas del modo que lo hizo en la antigüedad, debemos hacernos esta pregunta: «¿Qué requiere Dios de nosotros, hoy día?».

La tercera dispensación, en la cual vivimos ahora, ha sido llamada la dispensación cristiana porque el Profeta, Sacerdote y Rey, es Cristo. Esta dispensación es el cumplimiento de la promesa que Dios le hizo a Abraham en Génesis 12.3: «[...] y serán benditas en ti todas las familias de la tierra». La ley de esta dispensación es el pacto de la profecía de Jeremías 31.31–33. El escritor de Hebreos dijo que esta profecía se cumplió (Hebreos 8.6–13).

Uno de los más grandes obstáculos al entendimiento de la Biblia, es la creencia de que la ley de Dios que se encuentra en el Antiguo Testamento, es tan vinculante como el Nuevo Testamento. La ley cambió cuando el sacerdocio cambió. Esto es lo que leemos en Hebreos 7.12: «Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley». En Hebreos 9.11, se lee que Cristo es ahora nuestro Sumo Sacerdote. No obstante, Él no es un sacerdote según el orden veterotestamentario de Aarón. A cada cristiano en particular, como hijo de Dios que él es, se le considera un sacerdote (1^{era} Pedro 2.5). Puesto que Cristo (y no la simiente de Aarón) ha sido hecho Sumo Sacerdote, y puesto que cada hijo de Dios (y no los de la tribu de Leví) es un sacerdote, la ley debía cambiar. El propósito de Cristo al venir, fue el de cumplir y quitar la ley de Moisés, con el fin de establecer la Suya (Hebreos 10.9). Él logró este propósito al clavar aquella ley en la cruz, tal como lo leemos en Colosenses 2.14. Para nosotros debería, entonces, ser sencillo entender que las leyes que tienen pertinencia para la era patriarcal y mosaica, ya no están en vigor. Pablo hizo hincapié en que la ley de Moisés ya no está en vigor, en que ahora estamos bajo Cristo:

¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley

dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley (Gálatas 3.21).

Cuando las personas se percatan de esto, pueden comenzar a desentrañar la confusión que se les hace en sus mentes, al tratar de entender la Palabra de Dios.

Otro obstáculo es que la gente cree que todo lo sucedido durante la vida de Cristo, es vinculante para nosotros hoy día. Gálatas 4.4–5, nos enseña que Cristo nació bajo la antigua ley, vivió bajo esa ley, y, según Mateo 5.17, murió bajo esa ley, para cumplirla. Por lo tanto, todo lo que sucedió antes de Su muerte, sucedió bajo la dispensación mosaica. De hecho el Nuevo Testamento, o nuevo pacto, no pudo entrar en vigor, sino hasta después de la muerte de Cristo (Hebreos 9.16–17). La voluntad, o testamento, de un hombre, jamás entra en vigor, sino hasta después de su muerte. No importa cuáles hayan sido sus acciones en vida; el testamento ordenará sus asuntos hasta después de su muerte. Las enseñanzas que Cristo dio durante Su vida, pusieron el fundamento para el establecimiento de Su iglesia, o reino, el cual entró en vigor por Su voluntad después de Su muerte.

La dispensación cristiana difiere de otras dispensaciones en que la ley dada (o pacto dado) se aplica a todas las naciones. Aquella pared intermedia de separación que la ley de Moisés significaba ha sido derribada. Tal como Pablo lo dijo en Efesios 2.14–16, todos los pueblos son reconciliados con Dios en un cuerpo. Él nos dijo en Efesios 1.22–23, que el cuerpo es la iglesia. Ahora que Cristo es el Sumo Sacerdote, Él intercede por todas las personas. Él dijo en Mateo 28.19: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». La consumación del esfuerzo por la unidad, se encuentra en las palabras de Pablo en Gálatas 3.28: «[...] todos vosotros sois uno en Cristo Jesús».

Puesto que Cristo es Sumo Sacerdote, Profeta y Rey, tal como Pedro lo dijo en Hechos 2, debemos obedecer sus palabras. Moisés profetizó

en Deuteronomio 18.15: «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis». Pedro usó esta profecía en Hechos 3.22–23, para enseñar que «toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo». Ya no debemos oír a Moisés ni a Elías, los cuales tuvieron autoridad en el pasado, sino que a Jesucristo, el cual tiene toda potestad en los cielos y en la tierra (Mateo 28.19). Por lo tanto, le rogamus a usted que oiga a Cristo. Se cae en un mal uso de la Palabra de Dios, cuando se trata de obedecer a mandamientos que se les dieron a personas de otros tiempos.

CONCLUSIÓN

Hoy día le rogamus a usted que crea en Dios y en Su Hijo, pues «sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11.6). No esperamos que lleve a cabo ritos de purificación dictados por la antigua ley; sino lo que Dios manda, y es que todos los hombres en todo lugar, se arrepientan (Hechos 17.30). No le pedimos que vista las túnicas de la antigüedad, sino que sencillamente crea y confiese (Romanos 10.10). Nuestro ruego no es que usted le sacrifique un animal a Dios, pues nuestro sacrificio es Cristo. De acuerdo con Su instrucción, le pedimos que sea bautizado en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, pues Pedro dice que el bautismo nos salva (1^{era} Pedro 3.21).

No le pedimos que visite Jerusalén una vez al año, sino que «[persevere] en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2.42). Démosle gracias a Dios que por su gran amor dio a Su Hijo—nuestro Sumo Sacerdote, Profeta y Salvador.

Esta lección fue adaptada de "Handling Aright the Word" («La necesidad de usar bien la Palabra»), y de "The Christian Age" («La era cristiana»), un estudio en dos partes de una serie de transmisiones de radio del *Herald of Truth*. Reimpreso con permiso. James W. Nichols, G.K. Wallace, y C.E. McGaughey, *The Churches of Christ Salute You (Os saludan todas las iglesias de Cristo)* (Abilene, Tex.: Beacon Publications, 1953), 25–32.